—¡Pero, qué diantre, es un procedimiento muy largo—exclamaba—procedimiento largo y penoso!

¡Pobre jóven! Qué feliz habria sido si se le hubiese dicho:—¡Ea! ven acá, ahórrate tanto sacrificio; se va á abrir una escuela organizada de esta ó de la otra manera, á que podrás asistir y aprender cuantas lenguas quieras y ne te costará sino 5 pesetas al mes!—Y pensé mucho en este pobre jóven, mientras anduve por los salones del Círculo Filológico de Turin. ¡Cuánto habría yo dado por tenerlo á mi lado entonces, y ver su cara resplandeciente de alegría, en vez de contemplarlo con aquél semblante triste y meditabundo, con una seriedad precóz y verlo sonreir á cada paso, como sonreiría cada vez que descubriera el sentido de un pasaje difícil de inglés, leyendo un clásico!

Yo le habría dicho:—Vuelve á Florencia, vé y funda allí otro Círculo como este; trabaja con constancia y lo lograrás; cuenta tus afanes para aprender el inglés y el aleman, y te ayudarán muchas personas, muchas; ya ves, aquí creó este Círculo otro jóven empleado de veinticuatro años... ¿y quién te asegura que lo que él alcanzó no es posible que lo consiga un jóven estudiante de diez y siete?

Y ¿quién sabe, si lo intentará, caso de que caigan en sus manos estas hojas?

LAS «IMÁGENES BLANCAS»

Á M.ª Y G.ª E.

Cuando he estudiado gran parte del dia, me gusta pasar la noche en reducida y modesta estancia, con pocas caras alegres á mi alrededor, al lado de una mesa sobre la cual, entre libros y papeles, se vean cestos de labor, telas de bordados, tijeras, hilo y manos en movimiento, y que la luz, en fin, caiga de lleno en aquellos rostros para ver si es gente que siente lo que dice.

Me imagino que en este círculo hay dos señoritas de quince á diez y siete años, hermanas, simpáticas, en las cuales una educacion prudente y sagaz ha conseguido mantener el difícil maridaje del ingenio y la modestia, la cultura y la sencillez; chicas en las que se ha resuelto el problema de la instruccion de la mujer bajo el lema: "ni idiota ni literata"; muchachas que hacen decir á quien odia por igual los dos extremos: "Así basta y está bien."

Sentémonos y escuchemos; el caso es raro y vale la pena de pensar en él.

Se habla de literatura desde las primeras palabras, y no de artículos de primera necesidad, de sucesos de la semana, ni del tiempo, sino de libros. Y cosa singular: es difícil recordar cómo se ha entrado en este asunto. Acaso porque los autores no se han cogido uno detrás del otro, levantándolos en peso y dejándolos caer sobre la mesa, indicando: "Atencion, ahora se va á hablar de Fulano", sino porque el asunto mismo de la conversacion los ha sacado á la palestra y han venido de suyo sin que nadie lo advirtiese, preparándose á evocarlos, y aparecieron de improviso tras una idea gentil; y vienen, se marchan, reaparecen ligeros y rápidos sin hacer ruido. No son sombras como las de las conversaciones de los pedantes, ampulosas y lentas, sino antes por el contrario, rayos de luz que brillan un instante y desaparecen enseguida. No hay tiempo para detenerlos, porque se trabaja y se rie; se inclinan, saludan y se despiden; y así todo camina solícito y alegre: las palabras, el bordado y el tiempo.

—¿Qué hacían Vds., señoritas, antes de mi llegada?

Esperemos una respuesta distinta de cada una, porque han ocupado el dia de diversa manera.

—Yo he estudiado un canto del Dante.

—Yo he remendado ropa vieja.

Apuntad al descuido un pasaje de un autor cualquiera, interrogándolas con la mirada para saber si se

acuerdan. La una mirará á la otra, pensará un poco, y luego, volviéndose hácia los otros con aire humilde y voz natural, os contestará como quien confiesa un pecadillo:

—No lo sé.

Y la otra, inmediatamente reponderá:

—No lo sé.

A cualquiera de las dos durante la conversacion se le ofrecerá oportuna la cita del pasaje de un libro, ó una sentencia, ó un verso. No es fácil que lo digan bien. Y ó se paran á la mitad sin turbarse, ó si la dicen tal y como es, no toman un tono pretencioso; porque temen que el que escucha, les oiga recitar el verso con énfasis, y eso les hace dudar; pero tampoco lanzan la sentencia con demasiada libertad para evitar que parezca presuncion más acentuada, sino que os dirán lisa y llanamente con ingenuidad:—"Espere usted" y volviendo los ojos al cielo, procuran hacer memoria para repetir la frase exacta, y se miran despues las dos hermanas, se ayudan, sonrien, y á las veces sale la máxima, el verso ó la frase, fresca, sonora, sencilla y adorable como si brotase de repente y creada en aquel instante.

Expresais vuestra opinion sobre un libro que han leido, y si vuestro parecer es igual al de ellas, apoyan con la mirada, con la sonrisa, con los gestos, con todo el cuerpo, en fin, afirmando así vuestras palabras y juicios; míranse repitiéndose la una y la otra;—sí, sí,—y acompañan con la expresion del semblante vuestros argumentos, y si os falta la última palabra

de una frase os la dicen, y si os interrumpen con una observacion completan vuestro pensamiento y esclaman despues á una, con acento lleno de gracia y de vigor:—¡verdad, verdad!

Pero si de aquel libro no tienen el mismo concepto, no espereis silencio ó ficciones, entrambas hermanas os dirán con sinceridad y como si les doliera, no considerar el libro de la misma manera que vosotros: —no nos gusta—y mirándose de nuevo leereis en sus ojos:—¡qué lastima!

¡Ah! Les habeis tocado en el vivo al nombrar uno de sus libros predilectos, un amigo de la infancia: dejadlas que abran su pecho y desahoguen sus secretas impresiones. Con una sola palabra se adivina por el ligero movimiento de sus frentes que aquel nombre ha despertado multitud de recuerdos queridos, reanimando los goces de las primeras lecturas. No saben cómo empezar; pero tambien ignoran cómo deben callar ó concluir. Y bien, expresarán las acostumbradas palabras, tales como:—he experimentado esto, he sentido esto otro, me parecía, pensaba, el alma, el corazon, la vida; pero las pronunciarán de tal manera, que os resultarán enteramente nuevas, como vocablos en los cuales se vierte el afecto en un desbordamiento impetuoso. Una recordará cuál escena; otra, impaciente, cogerá la instantánea suspension de las apreciaciones de su hermana para cortar el discurso recordando la que la impresionó vivamente; y así se confundirán sus voces, interrumpiéndose mútuamente, ora para afirmar, ora para negar en frases de

este estilo:—no es así, eso es, espera, escucha—y poco á poco vendrá el entusiasmo á animar su conversacion tiñendo de carmin las mejillas hasta los momentos supremos en que al unísono exclamarán:—¡qué hermoso, magnífico!—Y por el acento, por la mirada, por el ademán, por todo aquello que sirve para expresar en las criaturas humanas los impulsos del corazon, revelarán su alma ofreciendo trasparentes las chispas de aquellas fogosas imaginaciones tan bellas é inocentes como buenas, hasta que de repente se callarán á la vez y bajarán sus cabezas sobre la labor para volver á levantar el rostro despues de un instante, encarnado como la grana, deslizando con tímida sonrisa una frase semejante á esta:

—¡Oh, qué furia! ¿No es verdad?

Hacedles todavía hablar, interrogadlas, obligadlas á explicar sus pensamientos y sus sentimientos más familiares y ocultos, y vereis entonces que en aquellas inteligencias límpidas, cada libro leido ó cada razon escuchada, ha dejado una huella clara y distinta como una mano en la nieve. Y hasta se les han quedado en la mente las peregrinas formas del lenguaje literario, las cuales emplean en la conversacion sin darse cuenta de ello, vistiendo de gala pensamientos comunes y ordinarios de las cosas vulgares de la vida, con lo que resultan graciosísimos contrastes entre el objeto y la palabra que lo designa; pero bien pronto advertidas del hecho, y amantes más de la sencillez y de la verdad que encierra un tesoro de poética armonía, rompen el discurso emprendido para volver entre solíci-

tas y turbadas á la naturalidad de la conversacion, más bella y más graciosa que el contraste mismo notado.

Cada título de una obra reclama á la memoria de ellas variadas é interesantes imágenes, como la amiga de colegio, la gira de campo y dedican á cada paso un recuerdo iluminando la palabra con la belleza del afecto. Y quisieran decir entonces todo lo que sienten de prisa y á la par; pero si el deseo de comunicar sus ideas las impulsa, el temor de decir demasiado las enfrena; con lo que hablando, ora se interrogan, ora se interrumpen, ora vuelven á empezar; y las palabras ya surgen lentas y perezosas, ya se precipitan y atropellan en rápida y libre fuga, hasta que por último, no saben contener aquel entusiasmo de antes, y mal reprimido, enciende su fuego la tez, y con insegura voz prorumpe atrevido ostentando hermosos y apasionados conceptos...; y entonces las manos arrugan el bordado y se suceden con rapidez anécdotas y bromas, nombres de autores, versos, rubor y carcajadas...; y uno se queda allí como un muchacho aturdido y abrumado por una lluvia de flores, de dulces y juguetes, que quisiera recoger de una vez sin perder nada; y está á punto de extender las manos con tal intento; y luego las retira advertido de su error; y acaba, en fin, por estrujárselas, frotárselas y cruzárselas, exclamando:—¡magnífico, bravo, qué placer!

Así es como han de reunirse en una mujer la cultura y la gracia, el corazon y el ingénio. Solo así que-

dará su imágen en vuestra mente á la manera como se halla grabada en la conciencia la imágen de una madre, de una amante ó de una amiga: imágen poética, espléndida y blanca.

¡Cuán grande es el poder de estas imágenes blancas en la vida del hombre!

Os ofrezco estas dos, y os aseguro que producen mucho bien.

Cuando os halleis vosotros, los que teneis necesidad y hábito de escribir, en vuestro cuarto, sentados á la mesa trabajando, y de repente, por ignota causa, inexplicable, pero no rara en las almas jóvenes; cuando los libros, el arte, el porvenir, la gloria todo palidece y se hiela ante vosotros y dentro de vosotros mismos; cuando una muchedumbre de gentes que entreveis con el deseo muda y ansiosa en torno á vuestra mesa, rompe en sonora carcajada; cuando las paredes del cuarto parece que se inclinan y estrechan y el techo se baja como para ahogaros, y la pluma se escapa de la mano, y la cabeza cae sobre el pecho; en aquel momento en el cual creeis vosotros medir por vez primera con sentimiento de tristeza infinita el oscuro y solitario espacio que os separa del mundo de los amores y de la embriaguez, al cual habeis dado un adios ¡nécios! por los estudios y la gloria,—en aquel instante quizá aquellas dos imágenes blancas se os presentarán delante preguntándoos con amorosa sonrisa:—¿y nosotras?—ah, sí—contestaréis entonces... y volviendo á tomar la pluma serenados y animosos, añadiréis:

—¡Aunque no fuera más que por vosotras, trabajo y trabajaré toda mi vida!

Y cuando vosotros al poneros á escribir, viva la impresion de las lecturas, de las personas ó de los espectáculos que han despertado de pronto la parte ménos digna de vuestra alma, os repitais á vosotros mismos aquella frase de un escritor que yo conozco: "no quiero emborronar papel para chicos ni mujercillas"; cuando fantástica turba de cortesanas, jugadores, libertinos y adúlteras os vengan al encuentro con los rostros encendidos por las pasiones y las personas convulsas por sensaciones degradantes diciéndoos:—"escribe para los hombres, escribe para nosotros que somos la vida"; y vosotros, violentando villanamente vuestra índole, tendencias y naturaleza, empeceis á cambiar de rumbo por no parecer simples y tontos á ese tropel de desalmado público; entonces, ¡oh escritores! aparecerán tambien ante vuestra vista aquellas dos imágenes blancas, y señalando las cuartillas que habíais escrito y que á la presencia de ellas habeis ocultado avergonzándoos, os preguntarán con semblante entre turbado y severo:—¿qué escribes?

—¡Ah! no, contestareis entonces rompiendo en mil pedazos el papel:

—Jamás escribiré así para dar gusto á aquellas gentes aunque no fuese por otra cosa que por respeto á vosotras mismas, caras imágenes blancas!

Y cuando escribiendo con inspiracion serena y honrada, venga á vuestro pensamiento á las veces un concepto elevado, bello, poético, ideal; y permanez-

cais algunos segundos inmóviles, con atencion profunda, procurando abarcarlo con el entendimiento en el punto preciso que anima vuestra actividad intelectual; y después de esfuerzos más ó ménos largos, fructíferos, consigais recogerlo en la mente con el rayo de luz que os inspiró la idea, y pasados algunos instantes abandoneis la pluma diciendo:—basta; no logro expresar lo que deseo, el lector lo comprenderá ya que mi torpeza no se lo sabe mostrar claro—(desanimaciones artificiosas de artista, desilusiones artificiales de literato)—entonces, quizá, veais agitarse algo en vuestro númen creador, y alzando la pupila del pensamiento distinguireis confusas primero, percibireis claras, después, las dos imágenes blancas allá á lo lejos, y altas, muy altas, las dos, bellas, blancas, sonrientes y tranquilas que os indicarán:—ánimo, es preciso llegar hasta nosotras; un esfuerzo más; es forzoso arribar hasta nosotras; falta poco... Y entonces os repondreis ¡oh escritores! se desvanecerá el desaliento y aferrareis aquel concepto que se escapaba y quién sabe si en aquel instante y con aquella excitacion, ya lo habreis cogido, para no dejarlo escapar.

¡Ah! vosotras, caras imágenes blancas, ¿no creeis por ventura, vosotras inocentes y modestas, poder tanto, gozar de tanto influjo en el ánimo de los que escriben? Y bien: ¿y si se os dijera que hay quien hablando con vosotras le duele y se lamenta acerbamente no poder llenar todas las lagunas que existen en su cerebro; si se os dijera que al salir de vuestra casa forma el propósito siempre de ponerse á trabajar y aprender de pri-

sa, muy de prisa, multitud de cosas para satisfacer vues tras preguntas, vuestras dudas, con objeto de satisfacer vuestra natural curiosidad; si se os dijera por la noche, tarde tal vez, mientras vosotras en brazos de Morfeo se os escapa el libro de la mano, él coge los suyos y abre uno, cierra otro, deseando febril verlos y leerlos todos juntos, sin lograr su ardiente aspiracion y se inquieta y entristece diciendo:—¡antes debí estudiar!—y añade:—¡todavía tendré tiempo de estudiar!— y se alegra..... ¿qué diríais, qué diríais si se os contase todo esto? Pues bien: yo os aseguro que ese álguien que os indico y que acaso no es uno, sino muchos, exclama:

—¡Ellas me harán estudiar y trabajar sin reposo!

¡Benditas las mujeres que hacen amar el trabajo!

Y vosotras sois de estas y teneis derecho á que se os dé las gracias, y más que á la gratitud, teneis derecho á otra cosa: á un augurio.

Y yo os lo pronostico á mi modo.

¡Quiera Dios que otorgueis á cuantos se os acerquen (así como á cuantos se acerquen á otras imágenes blancas), serenidad y ardor para el trabajo, y amor hácia una vida casta y pura, tal cual vosotras la inspirais á todos aquellos que os miran y os escuchan.

Y si teneis en vuestra existencia horas dolorosas y tristes, quiera el cielo que se os presenten á la imaginacion todos los que obtuvieron con vuestro

trato fuerza, inspiracion, paz y que os digan uno á uno:

—He escrito una novela; el más noble personaje es una mujer: es V.;—y otro:—He hecho una estátua que representa un ángel; venga V. y verá como la expresion de su semblante es la de V. cuando recita versos de esos que la hacen llorar;—y un tercero:

—He escrito una obra de matemáticas... ríanse ustedes, pero muchas veces, cuando he dejado caer sobre el papel la cabeza fatigosa, me acordaba de Vds. y he vuelto al trabajo con nuevo vigor; por eso les traigo este volúmen aunque su asunto no sea cosa propia de señoras!...

Y... os diré ahora una originalidad más, pero con todo el corazon. ¡Plegue al cielo que llegue un dia en el cual cada una de vosotras seais madre de un hombre insigne, por honradez, virtudes, mérito y laboriosidad; y que cuando en la noche callada esteis en vuestro cuarto, leyendo por acaso un libro que os recuerde vuestra lozana juventud, ó el relato de las horas de colegio de vuestro hijo, oigais de pronto confuso rumor que aclama un nombre entre los ecos de una música alegre; y en aquel punto éntre en vuestra habitacion el hijo de vuestras entrañas con un amigo suyo que os diga:—"Es el pueblo que aclama á vuestro hijo,"—y éste, cogiéndoos del brazo os conduzca al balcon iluminado por la luz de cien antorchas, y os diga al oido después de daros un beso en la mejilla:

—¡Madre! tú eres la que debes estar aquí; este puesto te pertenece; es á tí la ovacion en realidad!

¿Y quién puede asegurar que no amanecerá ese dia para vosotras?

¡Oh, agitáos siempre ante mi vista, caras *imágenes blancas!*

Fin

ÍNDICE

Páginas.

A LA JUVENTUD ITALIANA.

Adios á Florencia..... 17
Distribucion de premios..... 33
La batalla de Solferino y San Martino..... 49
Inauguracion de los osarios de San Martino y Solferino..... 97
A Francia..... 115

Recuerdos de Roma:

La entrada del ejército en Roma..... 157
Curas y frailes..... 191
Las termas de Caracalla..... 203
Reunion popular en el Coliseo..... 213
La instruccion de la mujer (anécdota)..... 227
El capitan Hugo Foscolo..... 243
A los quintos..... 257
La adolescencia..... 285
Un ejemplar..... 289
Inauguracion de la galería de los Alpes..... 305
Ciertas epístolas..... 319
El círculo filológico..... 333
Las «Imágenes blancas.»..... 347